

J. H. MARTÍN

J. A. NUÑO: DESMITIFICADOR DE OFICIO

Primeramente, quisiera agradecer la gentil invitación que me extendieran Ana Nuño y Tulio Olmos a participar en este acto que rememora vida y obra de Juan Nuño en un merecido homenaje por parte de esta Universidad a uno de sus mejores miembros. Reconocemos aquí no sólo al docente cabal y esmerado, al brillante e informado intelectual cuya obra trascendió los muros de esta Casa de Estudios, sino también a quien en vida asumió una conducta pública que se desarrolló conforme a los valores adoptados y no dudo en lanzarse a la palestra pública a defender o criticar todo aquello que lo mereciera acorde con su opinión. Un hombre que no transigía con valores que no fueran los propios, no importa cuán arraigados estuvieran en la vida de los demás o qué autoridad los respaldara. Tenemos en Juan Nuño algo así como un ilustrado en contra de toda suerte de irracionalismos, sin la ingenua creencia en los ilimitados poderes de la razón ni la ilusión de un progreso lineal basado en la acumulación de conocimiento o de bienestar social, que no admitía baches o retrocesos en su escrutinio de los temas más dispares. Un ilustrado sin substancia, opinarían algunos; un intelectual ajustado a nuestro tiempo, diríamos otros.

Conocí a Nuño en las aulas de la Escuela de Filosofía en un curso sobre la epistemología de Bertrand Russell. La relación entre nosotros siguió cuando ingresé al Instituto de Filosofía, del cual en ese entonces él era Director, y proyectaba hacer de esa institución un puntal de la investigación en lógica y filosofía de la ciencia en América Latina. Para ello contaba con la colaboración de figuras de la talla de Ernesto Battistella y con la formación de un pequeño grupo de egresados y estudiantes de la Escuela de Filosofía de esta Universidad. Fui su alumno y a la postre colega. Como docente, sus clases mezclaban con naturalidad la

densidad de sus conocimientos con su natural agudeza, puesta claramente de manifiesto en sus logradas exposiciones en las que hacía gala de su conocimiento del tema que estaba enseñando y de los senderos por los que se cuelean la diversas interpretaciones y lecturas existentes sobre el mismo, de sus relaciones con otros filósofos y sus circunstancias históricas. Nunca faltaba la crítica y el brillante comentario personal decantado por una reflexión balanceada. La mayor parte de los que entonces formábamos el Instituto éramos, académicamente hablando, unos muchachos. A todos nos ayudó con sus vastos conocimientos, los cuales nunca temió compartir, nos zarandeó más de una vez con sus agudos y ácidos comentarios, y sobre todo nos enseñó la importancia de la crítica como instrumento de perfeccionamiento de las ideas y de su decantación en un discurso coherente y bien entabado lógicamente. Como amigo, destacan su generosidad y respeto por los demás.

No fue Nuño un maestro en la acepción normal de la palabra. No hay, en la estricta acepción de la palabra, discípulos de Nuño, por lo menos no en el sentido de una banda de acólitos intelectuales encaminados a perpetuar y perfeccionar las ideas del maestro. En primer lugar, porque nunca se embarcó en algo así como la construcción de un sistema filosófico, empresa que por diversas razones no consideraba posible en nuestro tiempo. Y, segundo, porque pienso que no los habría soportado. Los que disfrutamos del privilegio de trabajar a su lado sabemos que únicamente toleraba el trato entre iguales. Esa actitud, a la larga, nos obligó a todos a ser mejores intelectualmente, más cuidadosos con el discurso y la argumentación y respetuosos con la crítica: el verdadero tribunal de las ideas. Y que se entienda que cuando hablo de crítica no me refiero a eso que llaman por ahí con la meliflua expresión de “crítica constructiva”, cuyo sentido último bien podría servir de título a una comedia de Almodóvar: “pégame, pero no tan duro”. O mejor aún: “no me pegues”. Hablamos aquí, como diría Pessoa en otro ámbito, de la simple, indispensable y en ocasiones dolorosa, higiene del intelecto.

Que no fuera afecto a la construcción de sistemas, naturalmente, no significa que careciera de ideas. Las tenía y en cantidad más que suficiente. Además, dicho sea de paso, dominaba magistralmente el arte de cómo expresarlas en una prosa elegante, clara y contundente. Prueba

de ello es la variopinta temática de sus ensayos, en los que destacan sus recurrentes alegatos en pro de la libertad en todas sus formas y el valor que confería a la inteligencia y el conocimiento. De allí su defensa de la libertad académica y del judaísmo, entre otros. En sus escritos no académicos, me refiero a los de combate diario, destaca la obsesión por el desmontaje del andamiaje conceptual de las creencias y prejuicios ligados al comportamiento del hombre en las complejas sociedades modernas. En este sentido, como Platón, consideraba que las ideas tienen vida propia y que develar sus intrincadas relaciones a fin de mostrar sus compromisos con esquemas filosóficos del pasado o del presente es tarea primordial del filósofo. La moda y contemporaneidad carece aquí de relevancia. Dime algo, parodiando lo que el mismo Nuño en una oportunidad hiciera con Quine a propósito del criterio de compromiso ontológico, y te diré con qué ideas e historia te comprometes. Es lo mismo, a otro nivel por supuesto, que hace en *Los mitos filosóficos*. Enfrentemos un dicho de la vida cotidiana, una frase de moda o un sistema filosófico, se trata esencialmente de la misma tarea: analizar para desmitificar. La diferencia entre estos objetos de análisis sin duda existe, pero básicamente es cuestión de grado o matiz.

Como pensador formado en la tradición anglosajona del análisis del lenguaje y de la filosofía de la ciencia, al igual que los representantes de la filosofía analítica, Nuño concebía a la filosofía como una actividad de análisis ejercida sobre lo dicho, no como un conjunto de verdades con derecho propio más allá de lo accedido a través de la ciencia o del conocimiento ordinario. Mas que un conjunto de principios, la filosofía era para él una actividad de esclarecimiento del entramado conceptual del conocimiento, sea este científico o de cualquier otra índole. De aquí su aprecio por las técnicas formales de la lógica y las no tan formales del análisis del lenguaje, las cuales empleó al servicio de esta crítica permanente en la que convirtió el ejercicio de la filosofía. Otra vez, de pasada, la referencia a Platón resulta inevitable.

Mención aparte merecen las metafísicas y por aquí aparecen las distancias con Platón. Nuño jamás se desprendió completamente del espíritu, aunque sí de la letra, de ese movimiento crítico de las metafísicas que culminó con las doctrinas del positivismo lógico, incluso cuando acabó tomando distancia, como lo hizo con el tiempo, con la meta-

física empirista del Círculo de Viena. Como en una película de terror, desembarazarse de esa vieja metafísica que sacas por la puerta y entra subrepticamente por la ventana, bajo nuevas formas, no es empresa fácil ni con final previsible. En este particular, llegó incluso a sugerir una incomprensible persistencia cultural de nuestra civilización por repetir trillados esquemas, por volver a caminar por senderos ya transitados, alternándose entre ellos el favoritismo del presente, siempre a la moda y siempre los mismos. En este punto, la ilusión de creatividad y el optimismo frente a la novedad se confunden con la ignorancia de lo de siempre. Otra razón más para entender el ejercicio de una crítica que no pareciera destinada a lograr reposo.

Quienes nos formamos en la Escuela de Filosofía de esta Universidad, en la década de los setenta, y optamos por los estudios en lógica, análisis del lenguaje y/o filosofía de la ciencia, según los gustos, vemos a Nuño como el pionero que introdujo las ideas de la filosofía analítica en Venezuela. Olvidamos con frecuencia que la mayor parte de su actividad académica se la dedicó justamente a Platón. De allí su excelente *Introducción al pensamiento de Platón* y su tesis doctoral *La dialéctica platónica*. Por eso he destacado el permanente flirteo de Nuño con Platón. No fue, desde luego, el único amor filosófico. Hay también otros amores documentados: Sartre, Russell y Wittgenstein, por no hablar de su corto y juvenil coqueteo con el marxismo.

En relación a Sartre, a quien dedicó un libro de título homónimo, destacó su obra literaria, las novelas y el teatro, aunque no eludió *El Ser y la nada* y el indigerible libraco aquel en que se anunciaban las nupcias entre marxismo y existencialismo, *Crítica de la razón dialéctica*. Poco parecen tener que hacer con el Nuño que conocimos las desavenencias existenciales de aquel inefable personaje de *La náusea*, Roquentin, que se maravillaba, —el propio Sartre prefería aquí hablar de angustia existencial— ante la aparente inmutabilidad del mundo físico, en contraste con la fragilidad de la existencia individual, una pasión inútil, cuyo inicio de realización coincide con la muerte. El existencialismo de Sartre fue, ciertamente, más o menos que una filosofía, como se quiera; en su punto álgido llegó a ser el signo de una época y representar en su forma más pura una ignorancia de nuestro conocimiento del mundo natural que no ha resultado ajena a muchos filósofos del presente. Este último

no es el caso de Nuño, pero, en este asunto, como todos, fue deudor de la época que lo vio crecer. Hay ideas y valores, sin embargo, que aquí merecen rescatarse y él así lo hizo: la imposibilidad de una conducta no comprometida y la irreductibilidad de la existencia individual a los cartabones de las prácticas o ideas políticas, filosóficas o de cualquier otro tipo que no contemplen espacios suficientes para la libertad. En otras palabras, hallamos aquí dos valores, que permanentemente recorren las páginas pergeñadas por Nuño: el valor del individuo frente a cualquier tipo de totalitarismo, en el plano que fuera, y la inevitable corresponsabilidad que tenemos con lo que sucede a nuestro alrededor. Ya se sabe, el mundo no tiene por qué ser cómodo, pero callar es, la mayor parte de las veces, simplemente otorgar y, a final de cuentas, el silencio termina por confundirse con la complicidad.

No se comprometió Nuño, hasta donde sé, abiertamente con las tesis programáticas de Russell en detalle, pero siempre insistió en el calibre del personaje para la filosofía contemporánea. No adoptó, para ser más específico, su proyecto de reducción logicista de la matemática, la concepción del atomismo lógico o la teoría del conocimiento de Russell, basada en la distinción entre conocimiento directo y por familiaridad, aunque la preeminencia del análisis y su consecuente valoración de la lógica, su empirismo y una forma de asumir los problemas filosóficos marcadamente antimetafísica recorren, entre líneas, sus obras e impulsaron su labor docente y su escritura.

La influencia de Wittgenstein, por su parte, sí pareció notable. Sobre todo al final del camino. Incluso proyectaba escribir un libro sobre el austriaco, y así lo había declarado ante sus más cercanos. En su introducción a *Matemáticas sin metafísica*, una traducción de algunos pasajes sobre la filosofía de la matemática de Ludwig Wittgenstein, destaca la naturaleza antiplatonista, asistemática, pragmática y constructiva de sus planteamientos. Nueva vuelta de tuerca, diríamos, en la dirección de rechazar todo lo que asemeje a la metafísica y distancia respecto a Platón.

El caso de Wittgenstein es interesante, además, porque el autor del *Tractatus Logico-philosophicus*, una vez que se hizo público, se dedicó prácticamente el resto de su vida a desmontar el único libro que había publicado. Eso que llaman, algunos especialistas, la “segunda filosofía de Wittgenstein”, comporta algunas características que no son ajenas a

la obra de Nuño: renuncia al sistema, marcado rechazo de la metafísica, viraje a un punto de vista que privilegia las prácticas en oposición a las teorías, tratamiento casuístico de los problemas y revalorización del lenguaje ordinario. La filosofía, para Wittgenstein, es fundamentalmente crítica de la filosofía, análisis de su expresión y detección de las fuentes de la confusión que subyace a todo intento de generar cualquier cosa que pueda confundirse con una teoría filosófica. Nuño podría estar de acuerdo con el espíritu, si no con la letra, de lo realizado por Wittgenstein, aunque en la práctica nos recuerde, como una piedra en el zapato, que se trata de un nuevo barniz, sobre viejas capas de pintura no menos filosóficas. Estamos ante una tarea que asemeja la confección de un libro infinito, como el que imagina Borges en “El Jardín de los senderos que se bifurcan”. En fin, una empresa de nunca acabar, para decir lo menos, un pensamiento que no cesa: la crítica sin término.

Y ya que mencionamos al “segundo Wittgenstein”, como si el primero fuera tan diferente a este, que tenemos que crear uno nuevo para atribuirle la autoría de sus pensamientos posteriores al *Tractatus*, quisiera referirme, finalmente, a un aspecto sobre lo dicho en torno a Nuño que se me antoja también incomprensible. Recuerdo que cuando estudiaba en la Escuela, un enjuto profesor que dictaba una clase sobre Aristóteles –que de paso no era mal profesor, aunque no sé si quepa decir algo más sobre el personaje de marras– dedicó una parte de su clase a denostar sobre Nuño, en el sentido de que había dejado de ser filósofo y optado por el periodismo. Su tono falsamente prusiano, en ese entonces, parecía implicar que aquel individuo del que hablaba, a quien la mayor parte de nosotros ni siquiera de lejos conocíamos, había abandonado la insondable eternidad de las estrellas para descender a los pueriles avernos del día a día, sin posibilidad de redención alguna. Todavía hoy algunos colegas se expresan, refiriéndose a su actividad periodística, como quien supone que o bien Nuño ejercía dos funciones claramente incompatibles o bien que habría que postular la existencia de un “Nuño periodista”, en contraposición al “Nuño filósofo”, para explicar de manera coherente labores vagamente relacionadas con la misma persona, pero muy dispares.

Aclaro que, personalmente, he optado por hablar de su labor periodística para indicar diferencia de medio y propósito, no necesaria-

mente para señalar un cambio en la naturaleza de la reflexión o del mensaje. Como es de rigor, hay entre sus artículos de opinión cosas muy desiguales, algunas extremadamente circunstanciales, al punto de que, salvo por estilo o información de un evento particular, han perdido hoy interés e importancia. Pero esta, afortunadamente para sus lectores, es la excepción, no la regla. Cada vez estoy más convencido de que vale aquí, en cierto sentido, aquello de McLuhan de que el medio es el mensaje.

Soy de la opinión de que la labor intelectual de Nuño, su particular concepción y ejercicio de la filosofía, halló en la prensa un medio para mostrar respecto a las opiniones que circulan en el medio y las creencias en boga el potencial del punto de vista filosófico para trascender lo dicho y creído por muchos y exponer sus raíces, compromisos conceptuales y limitaciones. A lo más, y no siempre, hallamos en lo publicado en prensa un cambio de materia prima. No obstante, el análisis, la estrategia argumentativa, el enfoque de fondo y el propósito permanecen inalterados. Acaso, en última instancia, la diferencia más resaltante entre un ensayo de cuatro páginas y uno de cien pueda ser solo numérica.

De cualquier modo, descender a los arrabales del sentido común y decir cosas filosóficas de interés, mostrar y desmontar los mitos subyacentes en opiniones que corren por la calle como moneda corriente, supone ingenio, agudeza y visión. Es por esto que sus trabajos, ya sean libros o artículos, están más vivos que nunca y gozan de perfecta salud: aún el tiempo les depara buenos lectores. Y quizá esta sea, en definitiva, razón más que suficiente para estar reunidos hoy aquí.

